

CRITICA TEATRAL.—

“Mi mujer necesita marido”

Sergio Vodanovic, autor de “Mi mujer necesita marido”, ha pasado de la comedia de tesis, como era “El senador no es honorable”, al vaudeville desenfadado y subido de tono.

Salto brusco con el cual demuestra tanto su capacidad para desenvolver temas casi contradictorios como la riqueza de su fantasía. Lo corriente en el teatro parece ser la especialización. No abundan los autores aptos para enfrentarse a la pluralidad de géneros.

“Mi mujer necesita marido” reúne en sí cosas excelentes y otras que no lo son tanto. Hagamos un balance ligero.

En el lado de lo óptimo debemos poner en preferente lugar el lenguaje. Contrariamente a lo que sucede a los autores bisoños... y a muchos pasados ya al dominio de la veteranía, Sergio Vodanovic no “literaturiza”. Lenguaje el suyo eminentemente teatral, genuinamente dramático, puesto al servicio de la obra y siendo en ella el vehículo apropiado, “funcional” y expresador de la interioridad de los personajes.

Dignos de loa son su poder de observación, la soltura y fluidez escénica y lo bien armado de la intriga, que si no revela mucha originalidad, posee los suficientes elementos episódicos para sujetar el interés del espectador.

Vodanovic ha partido de un tema que ve, por el lado de la farsa y de la broma, las relaciones de una dama afectada del “complejo de mujer fatal”, con el neuropsicólogo encargado de liberarla de sus “refoulements” o instintos reprimidos. El sistema consiste en apresurar, en provocar, en satisfacer sus tendencias, haciéndolas retroceder a la postre por el choque franco y abierto con ellas.

Aparte la pareja esencial formada por los esposos Cora y Rafael, el autor ha dibujado tres personajes de escaso valor humano, pero llenos de rasgos pintorescos: Landan, médico extravagante; Ricardo, mejicano donjuanesco y gesticulante, y Carlitos, aprendiz de Sherlock Holmes. Sus características diferenciadas permiten un juego contrapuntístico propio a los golpes de humor y al desenfadado en el desarrollo de la acción teatral. Ricardo viene a ser la caricatura de muchos de los tipos que se observan en las películas y folletines aztecas, y Carlitos aparece como trasunto de los personajes de las novelas policíacas. Vodanovic extrae de ellos buena parte de sus posibilidades potenciales para el logro de efectos farsescos.

Veamos ahora las fallas más ostensibles.

En primer lugar, la caída en el escabroso, en la exorbitancia y plétora de frases y juegos verbales de doble intención y dudosa elegancia espiritual. No sentimos vocación por el oficio de policía de costumbres ni por el sermoneo moralizante. Pero nos parece que al autor se le ha pasado la mano y al extremar las cosas, al reiterar los efectos, al apurar la chabacanería, prefiriendo la crudeza a lo insinuado y sugerido, pospone la sonrisa a la carcajada. La historia de la bandeja —tan prolongada e insistente— y la de la vaina son sólo dos ejemplos extremados del clima general que señorea la pieza.

Otro defecto: repetición, redundancia de situaciones poco distintas que en el fondo vienen a significar lo mismo en la integridad de la farsa. Sergio Vodanovic no ha sabido acertar con el justo medio, con el matiz, cuando ha triunfado en lo más difícil al impropiar su pieza de una auténtica vitalidad.

El primer acto es un monólogo hábil y diestramente articulado, con un final perfecto, pero sus proporciones son excesivas. Agota la acción y ganaría con una poda severa. Es, con todo, la mejor jornada. El segundo es chabacano. El tercero decae visiblemente por la repetición de escenas y el cuarto revela maestría en la creación de situaciones preferentemente sobre el juego verbal.

Somerset Maugham ha señalado refiriéndose a cuestiones teatrales: “Creo que es una gran cosa que la gente ría”. Vodanovic puede considerar estas palabras como un tanto a su favor. La obra fué acogida con estruendosas carcajadas por el público. Queda por elucidar, sin embargo, cuál es la parte debida al estro del autor y la correspondiente al “morcelleo” abundante con que se vió esmaltada la farsa a la cual nos atreveríamos a vaticinar larga vida en el coliseo de la calle Estado.

La compañía del Teatro Imperio dió a la obra una interpretación más armónica y apropiada que en ocasiones anteriores. La señora Fernández, pese a lo exagerado de sus ademanes, hizo una Cora inteligentemente comprensiva de su “rolé” y justa en la nota psicológica. Humberto Onetto comenzó bien, pero rompió la unidad del tipo en los actos tercero y cuarto.

La escenografía de Rodolfo Martínez bien puesta y bien realizada, con pulcritud y grata armonía en las tonalidades.

LA PELICULA QUE DIO CATEGORIA AL